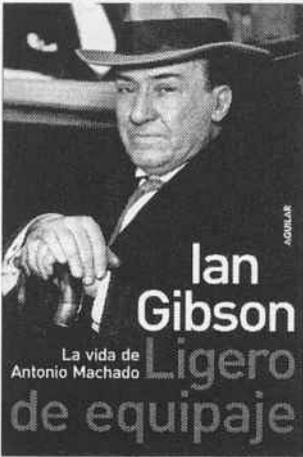


Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado

Madrid, Santillana, 2006

Machado en blanco y negro

DOCUMENTADA, ORDENADA y rigurosa -salvo algunas suposiciones que acaban de configurar al personaje a la medida del biógrafo- resulta esta biografía que se define en blanco y negro como la fotografía de la portada que muestra a Machado con una mueca enigmática entre la severidad y la media sonrisa bajo un sombrero bien calado. Y es que Antonio Machado queda dibujado en tonos grises, en un texto que describe con una meticulosidad absoluta los lugares en los que vivió, pero que carece de la expresión del aliento poético que debió de acompañar al escritor en todos esos pisos, pensiones y jardines. No es que no le encontremos; de hecho, hay una gran profusión de palabras del poeta. A lo largo de la biografía, Gibson se apoya repetidamente en los versos del propio Machado para ir explicando la evolución de quien se inició en el Modernismo y acabó depurándose hasta lograr un sentimiento hondo muy peculiar, más allá de cisnes y de búhos. Hay versos machadianos y comentarios de texto y, sin embargo, se echa en falta una interpretación de su figura más allá de los datos constatables, como son las cartas, las publicaciones y el resto de documentos que levantan acta de esta vida.

Nada sabemos, por ejemplo, de Leonor, quien sigue siendo en el texto apenas aquella sombra vestida de negro en un par de fotografías de la boda. Parece que ella existió porque existió Antonio Machado, pero no se revela nada nuevo de la niña-esposa que compartió su vida durante tres años. Un triste silencio, dado que ella no pudo explicarse, como años más tarde sí hará Guiomar. En todo caso, la pérdida de la joven es uno de los puntos en los que se asienta el texto. Junto a la ausencia de Leonor, hay otros tres ejes en los que Ian Gibson asienta su biografía fría, correcta y cargadísima de notas a pie de página: la obsesión por conseguir una plaza docente en Madrid, la República -y, por contraposición, Franco y su hermano Manuel- y las soledades que, paradójicamente, le fueron acompañando a lo largo de su vida.

Su peripecia profesional le llevó a un peregrinaje como profesor por plazas en lugares provincianos y aislados que le fueron configurando un carácter retraído. Probablemente, de ahí su reflexión negando los caminos y afirmando las estelas, ya que la vida era azarosa y tuvo que dejarse hacer en más de una ocasión. Su objetivo era Madrid y la tardanza en lograrlo le fue decepcionando. Sólo le debía a dicho retraso el afán por superar su nivel académico y esforzarse en estudiar tardíamente una carrera y lograr un doctorado. Es decir, más cultura para el poeta culto.

Otro de los aspectos que centra el interés de la biografía es su posicionamiento político. El planteamiento puede resumirse en Abel y Caín. «¡Mientras él luchaba por defender a la República legalmente constituida, Manuel encomiaba en público al detestable traidor que se había aliado con los fascistas alemanes e italianos para asesinar la democracia española! ¡Qué dolor, fuesen las que fuesen las razones para explicar tal defección!». En momentos como el citado, el tono de la biografía rebasa la objetividad del investigador pasivo y resulta un cálido alegato de tintes políticos que cae en el maniqueísmo del que debería prescindir una obra que trata el tema en perspectiva. Sin embargo, el enfrentamiento de los dos hermanos, que habían sido uno en las obras de teatro, es una constante cuando se trata de recordar la figura de Antonio Machado que Gibson no deja pasar.

Y queda, en fin, la soledad. A pesar de los grandes conocidos -su admirado Rubén Darío, Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez,

Federico García Lorca- se sintió constante y profundamente solo. Gibson lo dibuja a menudo a solas con la escritura, en austeras mesas de escritorio o en campos rodeados de árboles verdes o secos, a solas con su tristeza permanente. En cualquier caso, su ánimo vino de la escritura y eso sí queda claro al cerrar el volumen.

Por lo demás, la obra responde a idéntico plan que otras monumentales del biógrafo: Federico García Lorca, Salvador Dalí, la más provisional de Camilo José Cela y, ahora, Antonio Machado. La exhaustiva búsqueda de los orígenes inicial parecería prescindible, si no fuera porque la desaparición de los dos antonios machados anteriores parece constatar que el tercero llevó al cenit el interés por el estudio, el folklore y la tendencia izquierdista y masona. Las raíces explican el árbol en el que se convirtió un hombre desgarbado, humilde y apocado en público, pero de gran calado íntimo. Finalmente, esta obra se convierte en un homenaje póstumo, en una respuesta a las ofensas de quienes dudaron de la fortaleza de su ideología republicana y en un alegato político que roza la elegía en las últimas páginas. Lástima que se siga repitiendo el dolor de las dos Españas de la guerra civil, aun en la primera década del siglo XXI. Antonio Machado murió triste y enfermo, murió huyendo de una opción política que no quería, pero con unos versos luminosos, cargados de sol y días azules, en el bolsillo. Todo un grito de esperanza hacia el futuro, aunque fuera evocando con nostalgia la vida pasada.

Blanca Bravo